



Matías Gotelli
Alimento para puma



Galaxia Gutenberg

MATÍAS GOTELLI

Alimento para puma

Galaxia Gutenberg



Esta novela fue galardonada el 16 de junio de 2025 con el Premio de Narrativa Diana Zaforteza 2025, concedido y promovido por la Fundación Diana Zaforteza con la colaboración de la Fundació Lluís Coromina Isern, y Edurne Portela, como directora literaria del premio.

Formaron parte del jurado Héctor Abad Faciolince, Azahara Alonso, Aixa de la Cruz, Mónica Ojeda e Ignacio Martínez de Pisón.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2025

© Matías Gotelli, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: Gama, SL
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 9538-2025
ISBN: 978-84-10107-91-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

El cerebro es un órgano exterminador. No se atiene nunca a la realidad del mundo sino a su propia realidad.

Cien noches, Luisgé Martín

–En realidad, cuando nos falta un elemento para juzgar algo y la falta es insoportable, lo único que podemos es decidir [...]

–¿O sea que tenés que inventarte una creencia?

– Sí, bueno... en cierto sentido.

Fragmento de *Anatomía de una caída*

I

Ni bien piso el pasto me vuelve con violencia todo mi odio hacia este lugar en el mundo denominado campo. El olor a tierra y a rama caída y el sonido de bichos, de pájaros, de perros. El exceso de llanura y de cosa plana, la falta de asfalto y la falta de ruido que en realidad resumen algo más profundo: la total falta de errores, porque acá todo es orgánico, todo forma parte de un todo, hasta lo que está fuera de lugar. Las cosas como detenidas en un tiempo desesperante, el calor es más caliente, el frío es más frío. Es como si al lugar le faltara todo el tiempo algo. Tengo una sospecha: le faltan eventos. Algo interesante que rompa la angustia de todos los pechos de gente con alpargatas y mirada amargada por observar siempre el mismo y aburrido horizonte. La felicidad fingida, la estática que se respira en el aire, como de una violencia contenida, de una bronca, generada seguramente por la necesidad de que llegue algo a sus vidas que, finalmente, nunca llega.

Camino con la mirada puesta no sé en qué porque no tengo ojos para las flores, ni para los árboles, ni para los animales. Me parece ver un caballo muerto a lo lejos, me llega el olor a podrido. Pero de alguna forma me las arreglo para llegar a la casa. De afuera parece abandonada. Me paro a unos diez metros a contemplar el frente, como si estuviera viendo un paisaje nuevo y raro, sacado de este mundo. Veo las paredes de ladrillos y las tejas naranjas, todas invadidas por yuyos, arbustos y nidos de hornero.

Me la acordaba más grande, más lujosa, más cuidada. En la parte de delante, lo que en algún momento fue una huerta ahora es un rejunte de hierbas silvestres y alguna que otra flor que logró sobrevivir al ciclo de calores, sequías, fríos y heladas.

Acostado, haciendo de barrera entre la puerta y el afuera, un rhodesian de pelo marrón de unos sesenta kilos que no parece haberse percatado de mi presencia o que, de haberlo hecho, no me considera una amenaza. Hago un cálculo con las manos: en ese estómago entran tranquilamente mis dos hombros, mi cuello, parte del tórax y todos mis rasgos.

Tomo el recaudo de agacharme para acariciarlo, con el poco cariño disponible que tengo para con los animales. Ni perros ni chicos, me decía siempre papá para no llevarme a la plaza, y se ve que algo de eso se me contagió. Él, me doy cuenta ahora, le había fallado a esa lógica.

El perro me acepta como si me conociera de antes, mueve la cola, abre los ojos contento de verme. Tiene un collar rojo del que le cuelga una medallita en la que está el número de teléfono de papá y el nombre del perro: Enzo Pérez.

Paso por arriba de su lomo, toco varias veces la puerta y me quedo esperando una respuesta de adentro que nunca llega. Entro y me recibe un olor a polvo, como si estuviera entrando en una baulera. Lo primero que veo es la tierra en las estanterías, en los lomos de los libros jamás abiertos por nadie, libros de fotos, de jardines, de literatura. Veo también un cuadro pintado a mano de unas manzanas adentro de un canasto de mimbre. Ni hace falta que vea la firma.

El living está oscuro, pero igual alcanzo a ver algunos vasos dispersos en distintos lados, todos con un culito de bebida, que intuyo es whisky. Pienso en prender la luz, pero algo me dice que es mejor dejar todo así, tocando lo menos posible, como si estuviera frente a la escena de un crimen. Voy a la cocina y después a la sala de estar. Pienso en gritar *Viejo*, pero al final digo simplemente *Hola*, más que nada para sentir cómo resuena mi voz en esos techos.

Vuelvo a la cocina y abro la heladera. Saco lo único más o menos digno que encuentro, la mitad de un pebete de jamón cocido y queso. Le corto las puntas que se estaban empezando a honguear. Me siento en la mesa que está en la mitad de la cocina y, cuando me estoy llevando a la boca un pedazo de sándwich, suceden tres cosas casi a la vez: la cocina de golpe se pone oscura por una sombra humana que tapa la luz que llega de arriba; algo metálico y frío aterriza en mi garganta; y, por último, llega a mi nariz un tufo a alcohol fermentado que casi me tumba ahí mismo, en la mitad de la mesa. Por el olor puede ser tranquilamente papá. Por la manera de darme la bienvenida, también. Pero algo me dice que no es él.

Tengo la mirada puesta en el portallaves que está colgado frente a mí sobre uno de los azulejos blancos de la cocina. Entre los distintos manojos que están ahí colgados alcanzo a distinguir una llave con el manguito de plástico con el logo de Renault, y con eso la primera certeza desde que llegué acá: está la Traffic.

Trato, inmovilizado como estoy, de ver qué es lo que tengo en mi garganta, pero me tapa mi propio mentón. Lo único que alcanzo a ver de refilón es el antebrazo ancho y peludo de la persona que sostiene lo metálico que aprieta mi garganta. Como tengo que masticar y tragar el pebete, en el subir y bajar de la nuez de Adán, ya no dudo de que se trata de un cuchillo recién pasado por la chaira. Lo único que faltaba, venir a morir acá y de esta manera.

A pesar de la situación de peligro, veo que mi cerebro trabaja como si nada. Supongo que esta es la parte en que se pasa por la cabeza toda la vida de uno en pocos segundos. Pero mi cerebro llega cansado como para semejante proeza. Veo que intenta llegar a los primeros días, a mi nacimiento, a la primera vez que dije papá, a cuando aprendí a caminar, pero no hay caso. Una fuerza lo frena y lo deja detenido siempre en el mismo lugar, en la misma imagen: el momento en que ese mexicano chiquitito me señaló en la fila de migraciones y me dijo *vos*,

en realidad me habló en inglés, *you*, me dijo, me hizo pasar a un cuartito, me preguntó qué iba a hacer a los Estados Unidos, y yo, que no estaba preparado, le dije que iba a recorrer los montes Apalaches, a estudiar la fauna y también la flora, lo cual por supuesto no me creyó, ni lo de los montes ni lo de que iba a estudiar, y después de dos o tres preguntas más le terminé admitiendo que estaba yendo a cortar cogollos a una granja en California, y él, con el pecho inflado, me puso un sello tan grande como el mismo pasaporte que decía en azul la palabra *Deported*.

Ese mismo mexicano me preguntó cuatro o cinco veces a dónde me iba a quedar en Argentina, y yo siempre con la misma respuesta: que no tenía adónde ir, que mi idea era volver con plata e irme a vivir a un lugar con clima seco, eso le dije, y después fui más específico y le dije a la Patagonia, pero que no tenía plan B. Pero eso no le servía, él necesitaba poner en su planilla el nombre de una calle, una altura, un código postal. Por eso, cada vez que le repetía la respuesta, lo exasperaba un poco más. Me dijo que si no respondía me iba a quedar a vivir encerrado en la cárcel que estaba a cincuenta kilómetros del aeropuerto. Algún familiar, algún amigo, algún conocido, me decía. El tipo me miraba y, por ese sexto sentido que tienen esos hijos de puta, sabía que cuando yo miraba arriba a la derecha en realidad estaba pensando en una dirección concreta. Esa batalla mental la ganó de nuevo el mexicano y le terminé marcando un punto en el Google Maps: la tranquera que está pegada a la escuela rural número 28, municipio de Suárez, Provincia de Buenos Aires.

—¿Quién vive ahí, se puede saber? —preguntó, siempre en inglés.

—Mi papá.

Dije eso y bajé la mirada, esperando algún regaño, algún insulto. En cambio, se generó un silencio, y cuando le volví a clavar la vista vi que el mexicano tenía la mirada perdida en la pared trasera, como si a él también le pareciera demasiado cas-

tigo que me fuera a la casa de mi papá. Después de un ratito me preguntó si tenía forma de comunicarme con él, le respondí que sí, pero que necesitaba mi celular, el cual me habían retenido apenas entré ahí.

Busqué el contacto de papá y me distraje viendo las últimas conversaciones que habíamos tenido. Un remito con los productos de limpieza que le había estado mandando y abajo el monto que me tenía que pasar. Más abajo, su respuesta, en donde me pasaba el contacto de su contador a quien de ahí en adelante le tenía que pasar los remitos. Desde entonces habían pasado dos años y medio.

Después de ver eso le escribí: me acaban de deportar, ¿me puedo quedar unos días en tu casa hasta que me acomode? Me hicieron esperar ahí sentado hasta que él contestara. Su respuesta, para mi sorpresa, llegó al ratito. Me puso, obvio, y un signo de exclamación.

También le da tiempo a mi cerebro de acordarse de la gente que conocí en esos diez días que me tuvieron ahí metido. Se acuerda del kenia que me dijo que iba a ser presidente y que tenía que ir sí o sí el día de su ascensión. Pero se acuerda sobre todo de la argentina que no paraba de llorar porque su novio chileno sí había logrado pasar, y tenía miedo de nunca más volver a verlo. Esa chica después me invitó a que fuera a vivir al camping musical que su familia tiene en el Bolsón, que siempre están buscando músicos para que vayan a tocar ahí. Hasta se acuerda, el cerebro, de que le dije que sí, que a mi vida le faltaba nieve, y que tenía cómo ir al camping y todo. Y ahí fue cuando le dije lo de la camioneta. Tengo una Traffic del año 98, le dije.

En todo eso piensa mi cerebro en este tiempito que pasó desde que la cocina se puso oscura, que deben haber sido segundos. Cuatro o cinco segundos.

Cuando pestañeo vuelvo al tiempo presente. Empiezo a sospechar que mi cerebro se maneja como si nada por el simple hecho de que no estoy en peligro y que, por lo tanto, no me voy a morir. Como que en todo momento sé que hay algo tru-

cho en toda esta escena. Justo en el instante en que llego a esa conclusión escucho dos sonidos, que también suceden casi a la vez. El ruido metálico contra la mesa de madera de lo que me estuvo apretando la garganta todo ese ratito, que finalmente no era un cuchillo afilado: era una cuchara. Lo otro que escucho es la voz de la persona que estaba amenazándome, de inconfundible tonada paraguaya, que me pregunta: *Eu você fala português?*

Recién ahí me doy vuelta. Hay un hombre de unos cuarenta y pico con la ropa colonizada por la tierra y por manchas de aceite y nafta, algunas heridas en distintas partes del cuerpo, de manos grandes y cara redonda, y que apenas se puede mantener en pie. Lleva una remera que tengo de algún lado, pero que no puedo recordar de dónde. Tiene una sonrisa en la cara, los cachetes rojos. No sé por qué, pero oírlo me produce inmediatamente una sensación de tranquilidad.

—¿Te asustaste? —me pregunta. Le miento y le digo que no.

—Te lo hice como enseñanza, Miguelito. Para que sepas que acá no podés estar regalado. Esto no es la ciudad. ¿Querés que te muestre cómo tendrías que haber hecho?

—No, dejá.

El hombre no respeta mi respuesta porque se pone delante de mí, como esperando que yo lo rodee con mi brazo. Como ve que no hago nada más que respirar y pestañear, él mismo toma mi brazo derecho y se lo pone alrededor de su cuello, me pide que lo apriete, y tan pronto hago un poco de presión empiezo a escuchar que hace sonidos raros con la boca, como haciéndose el atrapado. Mientras tanto pienso para adentro, tiene los dos brazos libres, hay mil maniobras de defensa posibles. Dicho y hecho. De repente siento un golpazo en los riñones que casi me hace devolver la comida encima de su espalda ancha y sucia.

—Cuando ves que el tipo se quedó sin aire —siento que me dice—, aprovechás para salirte rápido y ahí ya lo tenés, le podés hacer lo que se te dé la gana.

Mientras me recupero del golpe pienso en que hay una gran parte de mi cuerpo que se resiste a creer que esto que está pasando sea real. Como si lo que siguiera a continuación fuera sencillamente despertarme y darme cuenta de que estaba soñando.

–Disculpame que te lo pregunte así, pero, ¿vos quién sos?
–le pregunto.

–Celso, vivo allá adelante, tu papá me presta el espacio. Vos sos Miguelito, me imagino.

–Sí, Miguel a secas, casi nadie me dice Miguelito.

–Tu papá me dijo que te decían así.

–Sólo él me decía así cuando tenía ocho años. A todo esto, ¿dónde está papá?

–¿No te dijo nada?

–¿De qué?

–Tu papá no está, Miguel. Te dejó dicho que le cuides la casa hasta que él vuelva.

–¿Yo? ¿En serio te dijo eso?

–Sí, Miguel.

Dice eso y baja su mirada. Yo le copio el gesto y mis ojos terminan parando en el reflejo de la cuchara que me devuelve mi cara larga y deformada. Que papá no esté es sin dudas una buena noticia, pero trato de mostrarle a Celso preocupación en el tono de mi voz. Primero le digo, qué raro, cosa que también es mentira, porque no me parece para nada raro que papá no esté, como si de alguna manera ya lo esperara de antemano. De algún modo papá nunca está donde está. Siempre está en un plano al que el resto de los humanos no podemos acceder.

Después le digo que está bien, que si hay que cuidar la casa lo hacemos. Hablo en plural, como si fuéramos muchos los que asumiéramos la tarea.

Todos estos días pensé que detrás de la deportación no había simplemente un hecho burocrático, sino que había un mensaje más pesado. Que era la vida misma queriéndome dar un mensaje al devolverme al lugar del que me había escapado

años atrás, buscando que me pase algo, algo que me cambie, algo irreversible. Pensé que era la vida que, trayéndome acá, me estaba diciendo que me tenía que hacer cargo de una vez por todas de mi vínculo con papá.

Pero ahora que él no está no sé realmente cuál sería el mensaje. Tal vez la vida en realidad no tenga nada para decirme. Tal vez sea que sencillamente fracasé.

Levanto la mirada y le pregunto a Celso dónde está y cuándo vuelve.

Veo que ante mis preguntas se pone todavía más rojo. No sé si por el contenido de mis palabras o por algún proceso metabólico que se está llevando a cabo en su cuerpo intoxicado. Me repite que papá no está, y que está un poco mareado, con las ideas cruzadas.

En ese momento se me pasa por la cabeza la idea de que papá está muerto y se lo transmito a Celso. Es más, me lo imagino tirado en el living, y que por ese motivo no me nació prender las luces, a lo mejor porque mi cuerpo intuía lo que se iba a encontrar. Incluso llego a ver que, por esas paradojas del destino, murió de la misma forma en que murió su hijo treinta años atrás, ahogado en su propio vómito.

—Cómo va a estar muerto —me dice Celso, casi ofendido.

Se genera un silencio en donde me vuelve a atacar la fetidez que emite la boca y todo el cuerpo de Celso, y esta vez tengo que taparme la nariz porque me genera un principio de arcada.

—Después hablamos, Miguel —me dice—. Te dejo que te acomodes antes. Debés estar cansado.

Celso empieza a caminar y cuando me pasa por al lado agarra el resto del sándwich que estaba sobre la mesa y se va tratabillando. Mientras lo veo irse me acuerdo de dónde me sonaba la remera. Esa remera fue lo primero que vi cuando papá me salvó de que me ahogara cuando tenía seis años, en un verano que pasamos en Mar del Plata. Vi la remera, luego su cara y después me desmayé.